DESDE **8** AÑOS

Sapo en Buenos Aires

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Luis Scafati



Don sapo regresa al monte, después de su viaje a Buenos Aires, donde se dejó sorprender por la ciudad, sus habitantes y sus costumbres.
Todos quieren oír las historias, que fascinan al bicherío: ¿esas personas no conocen a los animales del monte? ¿Viajan todo el día amontonados? ¿Se tapan el cuerpo con trapos de colores?
Un retrato de los porteños desde la singular perspectiva de un sapo muy curioso.

Cuentos clásicos de Gustavo Roldán, con ilustraciones de Luis Scafati.

www.librosalfaguarainfantil.com/ar

ISBN 978-987-04-1763-7

9 789870 417637



ALFAGUARA

Gustavo Roldán **Sapo en Buenos Aires**

ALFAGUARA INFANTIL

Sapo en Buenos Aires

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Luis Scafati

Sapo en Buenos Aires

Y aquí está la verdadera historia del sapo que llegó a Buenos Aires.

Miró con ojos de sapo, olió con nariz de sapo, tocó las suavidades y las asperezas con patas de sapo, y se volvió a sus pagos.

Pero antes, en el instante de pegar el salto y zambullirse en el río para volver, le sacó la lengua a la ciudad, de esa manera especial con que los sapos sacan la lengua el día que deciden irse de Buenos Aires.

Cuando llegó al monte contó todo lo que sabía. Y lo contó con boca de sapo.

Pero lo que nunca dijo, y eso sólo yo lo sé, es que después de sacarle la lengua a la ciudad se le escapó un lagrimón que, si no hubiera sido un sapo nadador, ahí nomás se quedaba ahogado para toda la vida.

Gustos son gustos

Ahí estaban el yuchán y el jacarandá, el quebracho colorado y el chañar, las palmeras y el mistol, y el lapacho, esa fiesta de flores rosadas.

Todos los árboles eran grandes y hermosos, pero el algarrobo parecía una guitarra llena de colores y música porque ahí cantaban los pájaros.

La sombra del algarrobo, tan grande, alcanzaba para todos los bichos, y las vainas amarillas colgando de las ramas y desparramadas por el suelo eran hilos de sol y dulzura.

Y ahí estaba el río de aguas marrones, el río del color de la tierra, ese río al que no se podía mirar sin pensar que hay cosas que nunca comienzan y nunca se acaban.

Y al lado del río, a la sombra del algarrobo, estaban el mono y el coatí, el quirquincho y el oso hormiguero, el pequeño tapir y la corzuela

y la iguana, y mil animales más. También estaba el ñandú. Y el piojo que vivía en la cabeza del ñandú.

Entonces el grito los sorprendió a todos.

Desde la pluma más alta de la cabeza del ñandú el piojo estaba largando un sapucai que tenía revoloteando a los pájaros y hacía caer algarrobas a puñados.

Siete minutos duró el grito, y fue el sapucai más largo que se hubiera escuchado por esos pagos. Y se hizo tan famoso que ese paraje, que se llamaba *El Monte de las Víboras*, fue conocido desde entonces como *El Monte del Sapucai del Piojo.*

Los pájaros se posaron otra vez en las ramas, las algarrobas dejaron de caer, y el piojo, después de respirar hondo, pudo decir:

—¡Volvió don sapo! ¡Ahí llega don sapo!

Todos los animales corrieron a recibirlo.

—¡Cómo le fue, don sapo! ¡Qué tal el viaje! ¡Cómo hizo, don sapo, cómo hizo! ¿Queda muy lejos? ¿Es cierto que hay mucha gente? ¡Cuente, don sapo, cuente! ¿Es grande Buenos Aires?

—Despacito y por las piedras… que ya parecen porteños por lo apurados.

—Es que estamos curiosos desde que nos enteramos de que se había ido a Buenos Aires —dijo el coatí—. ¿Cómo hizo, don sapo?

—Fácil, m'hijo. ¿Usted vio la creciente grande y todos los camalotes que pasaban? Bueno, en cuanto vi pasar un camalote que me gustó, salté y me fui.

—¿Y es muy grande Buenos Aires?

—¡Ni le cuento! Pueblo grande, sí, pero todos apurados…

—¿Apurados? —preguntó la cotorrita verde—. ¿Adónde van apurados?

—A ninguna parte. Son costumbres nomás. Será que eso les gusta. Y se la pasan viajando, amontonados, en unas cosas enormes que van para todos lados.

—¿Y eso les gusta?

—Debe ser, porque pagan para hacerlo.

—¡Mire que es loca la gente! —dijo el piojo.

—No diga eso, m'hijo. Gustos son gustos… Y cuando vuelven a sus casas se sientan

frente a una caja, y ahí se pasan las horas mirando propagandas.

—¿Propagandas de qué?

—De champú. Se ve que son locos por el champú.

—¿Y río, don sapo? ¿Tienen río?

—Uno grande a más no poder.

—¿Más ancho que el Bermejo?

—Más ancho. Dicen que es el más ancho del mundo.

—¡Qué lindo! —dijo el yacaré—. ¡Ahí se bañarán todos muy contentos!

—¡Qué se van a bañar! Lo usan para tirar basuras. Está prohibido bañarse ahí.

—Será que no les gusta el río.

—Don sapo —dijo el tapir—, tengo dos preguntas para hacerle: ¿Esas gentes nos conocen? ¿Nos quieren?

—Linda pregunta, pero es una sola, no dos.

—No, don sapo, yo le hice dos preguntas.

—Mire, chamigo, hay un viejo pensamiento que acabo de inventar que dice: "No se puede querer lo que no se conoce".

—¿Y a nosotros no nos conocen?

—No. Conocen muchos animales, pero de otro lado. Se ve que les gusta conocer cosas de otro lado: hipopótamos, cebras, elefantes, jirafas, ardillas y un montón más. Pero a nosotros no nos conocen, y por eso no nos quieren.

—Bah —dijo el quirquincho—, no saben lo que se pierden.

—Yo me quedé pensando en eso de que usan el río para tirar basuras —dijo el monito—. ¿Y qué les gusta?

—Prohibir. Eso se ve que les gusta. Se la pasan prohibiendo todo el día. Prohibido subir, prohibido bajar, prohibido pisar. Prohibido pararse y prohibido correr. Siempre ponen cartelitos prohibiendo algo.

—Eso sí que no lo entiendo —dijo el coatí—. ¿Y si alguno no les hace caso a los cartelitos?

—Viene la policía y se lo lleva.

—No le veo la gracia —dijo el piojo.

—¡Qué quiere que le diga, m'hijo! Gustos son gustos.



Una cara muy fea

El piojo daba vueltas y vueltas, y pegaba grandes saltos mortales arriba de la cabeza del ñandú.

—Eh, compadre, ¿qué le anda pasando? Me está haciendo un revoltijo en las plumas.

—Es que estoy ordenando mis ideas, pero ya están a punto. Mire, ahí llega don sapo para resolver mis dudas.

—Lo escucho y contesto como contestador automático. ¿Qué dudas anda teniendo, amigo piojo?

—Don sapo, lo que no me puedo imaginar es cómo son esas gentes. ¿Son lindos? ¿Son feos?

—Feos, m'hijo. Muy feos.

—Eh, don sapo, usted siempre dice que no hay que andar criticando, y ahora nos viene con eso…

—Es que no lo digo yo. Es la opinión de ellos mismos.

—¿Dicen que son feos?

—No es que lo digan, pero siempre se andan tapando el cuerpo con trapos de colores. Apenas se dejan sin tapar la cara. Y, si se esconden tanto, no debe ser porque se sientan lindos…

—¿Todo el cuerpo tapado? ¿Aunque haga calor?

—Todito, m'hijo. Todo tapado. Y lo peor, tienen que trabajar toda la vida para comprar esos trapos.

—¿Trabajar toda la vida? —dijo el monito sorprendido—. ¿Tantos tienen que comprar?

—Muchos. No, muchos no, muchísimos. Compran unos para trabajar, otros para pasear, algunos para usar de día, otros de noche. Unos para los días comunes, otros para los días de fiesta…

—¡Están todos locos!

—No diga eso, m'hijo. Si así están contentos…

—Bueno, estarán contentos, pero cómo se deben sentir de feos para hacer todo eso.



—Don sapo —dijo la garza blanca—, ¿y la cara? Porque usted dijo que en la cara no se ponen trapos.

—No, ahí no.

—Entonces no se ven tan fea la cara.

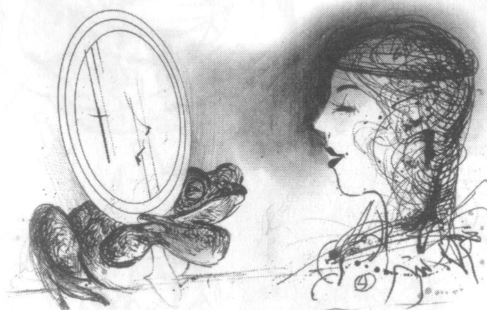
—No crea, m'hija, no crea. No se ponen trapos, pero ni le cuento lo que hacen, en especial las mujeres: ¡se pintan de todos los colores!

—¡Eh, don sapo!, ¿no nos está haciendo un cuento? —dijo el piojo.

—¿Un cuento? ¿Una mentira? ¿Yo? ¿Me creen capaz de andar inventando historias? No, m'hijo, todo lo que digo es cierto. Se pintan la boca, los cachetes, los ojos; de rojo, de verde, de azul, de negro, de cualquier color.

—¿Se pintan toda la cara?

—Toda, y de varios colores a la vez.



—¿Hasta las orejas?

—No, las orejas es lo único que no se pintan.

—Ah, bueno, por lo menos se ven lindas las orejas.

—Yo no dije eso. Dije que no se pintan.

—Por eso, será porque no se las ven tan feas.

—Es que hay otras cosas. No se pintan pero se hacen un agujero y se cuelgan piedritas de colores.

—Don sapo —dijo con un poco de timidez el monito—, usted sabe que nosotros le creemos todo lo que nos cuenta, pero eso de que alguien se haga un agujero en la oreja y se cuelgue piedritas de colores... No, don sapo, eso no puede ser cierto.

—Mire, m'hijo, sé que algunos dicen que soy un sapo mentiroso, a lo mejor por alguna mentirita que dije cuando chico, pero ahora estoy hablando en serio.

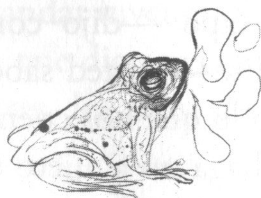
Y el sapo se fue silbando a pegarse una zambullida en el río.

Los bichos se quedaron un rato callados, pensando. Después el mono dijo:

—¡Añamembuí! ¡Qué lindo miente don sapo!

—Cierto —dijo el tapir—, un poco más y me hace creer que en Buenos Aires se agujerean las orejas y se cuelgan piedritas de colores…

—Y bueno —dijo el piojo—, aunque mentiroso, habría que darle un premio por la imaginación que tiene. ¡Pero miren si uno va a creer todas esas cosas!



Una piedra muy grande

Esa tarde la lluvia caía y caía, y un olor a tierra mojada llenaba el monte.

—¡Eh, don sapo! —gritó el piojo desde abajo de la panza del ñandú—. ¡Aquí no nos moja la lluvia! ¡Qué oportunidad para que nos cuente un cuento!

—¡Un cuento de Buenos Aires, don sapo! ¡Cuéntenos más de Buenos Aires! —pidió la garza blanca.

—¡Eso, don sapo! —dijo el quirquincho—. ¿Qué les gusta a los que viven allá? ¿Tienen buena tierra? ¿Les gusta el olor de la tierra mojada?

—Son raros, no tienen tierra a mano, los pobres.

—¿Cómo?

—¿Que no tienen tierra?

—¡No puede ser, don sapo!

—¡No nos haga bromas, don sapo! ¡Cómo no van a tener tierra!

—Ya les explico. Tienen que pensar que allá las cosas son diferentes.

—Sí, pero no puedo creer que no tengan tierra.

—Y sin embargo es así. Todo todo es como una piedra muy grande y chata.

—¿Una piedra muy grande?

—Sí. Tapa todo el suelo.

—¿Tienen el suelo forrado?

—Sí, pero en el fondo se ve que la tierra les gusta, porque vuelta a vuelta la rompen y hacen grandes pozos, y ahí, abajo de la piedra, tienen tierra.

—¿Y qué hacen con esa tierra?

—La sacan afuera, la tienen algunos días amontonada y después la vuelven a meter al pozo y la vuelven a tapar con la piedra.

—¿Y siempre hacen eso?

—Todos los días. Cuando tapan un pozo se van un poco más allá y cavan otro pozo.

—¿Y después lo tapan otra vez?

—Claro, pero otro poco más allá vuelven a cavar otro.



—¿Y así toda la vida?

—Parece.

—¡Pero no tiene sentido, don sapo!

—Mire, m'hijo, no se apure a juzgar. Se ve que a ellos les gusta hacerlo, y bueno... Lo que yo les aseguro es que cavan y cavan, y rompen las piedras todo el día.

—Bueno, don sapo, pero lo que no entiendo es por qué no dejan toda esa tierra afuera del pozo y listo. La tienen a mano para toda la vida.

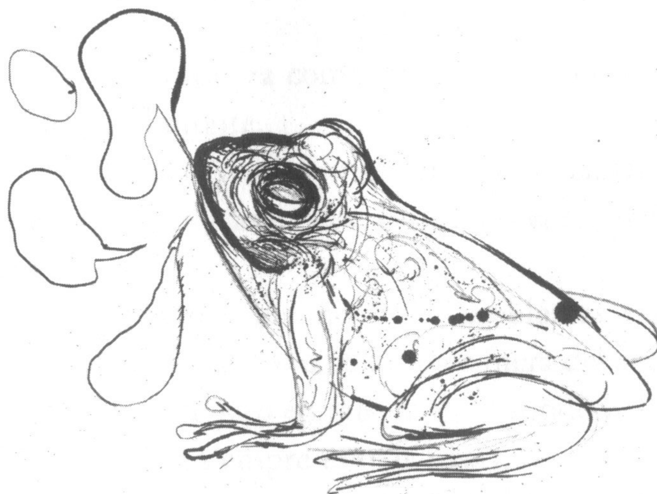
—Es que allá tienen muchas leyes, y parece que la ley dice que tiene que ser así.

—Bueno, unos cavan y cavan, ¿y qué hacen los otros?

—Se paran y miran dentro del pozo. Se paran y miran. Por eso digo que les gusta la tierra.

—¡Pobres! ¡Qué mala suerte tener esa piedra arriba! ¡El trabajo que les cuesta!

—Y bueno, amigo piojo, son cosas de la vida. No a todos nos toca la suerte de vivir en el monte.



Intermedio en solfa

El sol era como una bola de fuego que quemaba el monte.

Bajo la sombra más cerrada del algarrobo se escondían los animales, buscando el lugar más fresco.

El único que no tenía problemas era el sapo, que apenas asomaba los ojos fuera del agua y se zambullía de rato en rato hasta el fondo del río, donde el agua siempre es más fresca.

—Puf, esto es casi como Buenos Aires —dijo el sapo hablando solo. Y se quedó pensando, porque en cualquier momento le iban a pedir un cuento.

Pensó una historia y pensó otra historia. Pero todas le daban calor. Pensó de vuelta y se dijo: “Ya sé, les voy a contar las cosas que hacen esas gentes de por allá en un día cualquiera”.

—A ver amigo yacaré —dijo el sapo—, necesito que me ayude a ordenar algunas ideas. Pregúnteme usted todo lo que se le ocurra de la gente de Buenos Aires, que yo le voy contestando al vuelo.

El yacaré miró para arriba, abrió grande la boca, y comenzó a preguntar:

—¿Con qué se visten?

—Con blue jeans.

—¿Qué música escuchan?

—El long play de rock and roll que está primero en el ranking.

—¿Qué toman?

—Scotch on the rocks los grandes y seven up los chicos.

—¿A qué juegan? ¿Cómo se entretienen? —preguntó el yacaré un poco molesto.

—Juegan al rugby, al pool, al wind surf, miran en la T.V. los programas de más rating, leen el best seller de moda y ven westerns en el cine.

—Usted me perdonará, don sapo —dijo el yacaré—, pero no le entiendo nada y no le creo. ¿Qué le hicieron en Buenos Aires? ¿Con qué palabras se vino hablando?



Y mientras el sapo se quedaba pensativo, el yacaré se metió al agua murmurando:

—Sapo mentiroso, miren si voy a creer que en la Argentina la gente va a andar hablando con esas palabras.



Las reglas del juego

Los monitos saltaban de rama en rama y de árbol en árbol.

El coatí trepaba al algarrobo y volvía a bajar una y otra vez.

El yacaré asomaba los ojos a ras del agua y volvía a desaparecer.

El pájaro carpintero golpeaba y golpeaba con el pico agujereando un tronco.

El piojo que vivía en la cabeza del ñandú daba saltos mortales, loco de contento.

Y las mariposas se amaban en el aire llenando la tarde de colores.

—Lo que hay que reconocer —dijo el sapo pensando en voz alta— es que son muy organizados en sus juegos.

—¿Quiénes, don sapo? —preguntó el piojo.

—La gente de Buenos Aires.

—¿Sí?

—Sí. Muy pero muy organizados.

El pájaro carpintero dejó de golpear.

El coatí no trepó de nuevo al algarrobo.

Los monitos se colgaron de la cola y se quedaron escuchando.

El yacaré salió del agua y se acercó.

Todos los bichos fueron rodeando al sapo.

—¿Y a qué juegan? —preguntó el piojo.

—A las elecciones, m'hijo.

—¿Elecciones? ¿Qué clase de juego es ese?

—Un juego imaginativo que se ve que les gusta.

—Cuente, don sapo, cuente cómo es ese juego.

—La gente se divide en varios grupos, y unos votan por Juan, otros por Pedro, otros por Miguel… Después cuentan los votos, y el que tiene más, gana.

—¿Qué gana?

—Le toca gobernar por varios años.

—Parece un sistema lindo —dijo el piojo entusiasmado—. A mí me gustaría votar.

—Lindo es. Y si vieran el entusiasmo con que pintan carteles, pegan afiches, reparten volantes, hablan aquí y allá, y gritan "Viva Juan, abajo Pedro"…

—¿Todos gritan así?

—No, eso gritan unos. Los otros gritan "Viva Pedro, abajo Juan". Y pegan en las paredes grandes fotos de Juan y de Pedro.

—¿Para qué pegan las fotos?

—Para que los otros vayan y les pinten bigotes. Así es el juego, y así se divierten todos.

—¿Y también ponen fotos de mujeres?

—Sí, y también hay que pintarles bigotes. Para eso están las fotos.

—¿Tienen tantas paredes para poner tantas fotos?

—Muchísimas. Tienen muchísimas paredes, pero al final las tapan todas.

—¿Y entonces qué hacen?

—Ahí viene otra parte del juego. Llegan los amigos de Juan, llenan una pared con fotos, y se van; entonces llegan los amigos de Pedro y les pegan otra foto encima.

—¿Y no se aburren de pegar fotos?

—Se ve que no, porque se pasan meses enteros dedicados a eso.

—¿Meta pegar fotos y dibujar bigotes?

—Meta pegar fotos y dibujar bigotes. Y al final los que ganan se hacen cargo del gobierno.

—¿Y ahí se termina el juego?

—No, todavía no. Los que ganan comienzan a gobernar por un tiempito, y entonces llegan los militares, los echan, y se quedan ellos con el gobierno.

—¡Pero eso es trampa, don sapo! —gritó enojado el piojo.

—¿Militares? —preguntó el tordo—. ¿Qué es eso, don sapo?

—No es fácil de explicar, m'hijo. ¿Ustedes oyeron hablar de los dragones?

—Sí, don sapo, usted nos contó una vez.

—¿Y de los ingleses?

—Sí, don sapo. Usted nos dijo que eran peor que los dragones.

—Bueno, entonces se pueden dar una idea. Los militares son como dragones ingleses.

—¡Qué bicho peligroso! —dijo temblando la paloma.



—Bah —dijo el piojo—, yo les corro una carrera a esos militares; seguro que les gano.

—¿Y qué hacen cuando se quedan con el gobierno? —preguntó el oso hormiguero.

—Mejor no les cuento, porque no me van a creer. Si hay una cosa que no me gusta es que me tomen por mentiroso, y les juro que esta no me la van a creer ni cerrando los ojos.

—¿Tan grave es la cosa, don sapo?

—Tan grave que me empieza a entrar como un miedo.

—Pero don sapo —dijo el piojo—, entre usted y yo, ¿no lo podríamos arreglar?

—Después lo conversamos a solas. Por ahora déjelo estar.

—No le veo la gracia a ese juego —dijo el coatí—. ¿Por qué no le buscan otro final?

—¿Sabe qué me parece? —dijo el piojo—, yo creo que a esa gente le anda faltando imaginación.

—Hasta ahí es lo que yo entendí —dijo el sapo—, pero me pareció que muchos no quedaban muy conformes.

—¿Usted escuchó algunas protestas?

—Sí, sí, algunos que andaban tratando de cambiar las reglas del juego y cambiar ese final.

—Ahí me está gustando —dijo el piojo—, y ahí me anoto yo. ¿Qué le parece don sapo si hacemos un viajecito juntos? Porque como dijo ese Martín amigo suyo: “Entre dos, a una tribu si se ofrece”.

—¿Se animaría, amigo piojo?

—Añamembuí. ¡A qué no se animará este piojo chamamecero!

—Perdonen la interrupción —dijo un monito—, lo que no entiendo es por qué dijo usted que era un juego imaginativo.

—Y… me pareció. Porque si se imaginan que van a hacer algo y después los echan… Qué quiere que le diga m’hijo, de alguna manera tenía que llamarlo.



Cruel historia de un pobre lobo hambriento

—¿Y cuentos, don sapo? ¿A los pichones de la gente les gustan los cuentos? —preguntó el piojo.

—Muchísimo.

—¿Usted no aprendió ninguno?

—Uf, un montón.

—¡Don sapo, cuéntenos alguno! —pidió entusiasmada la corzuela.

—Les voy a contar uno que pasa en un bosque. Resulta que había una niñita que se llamaba Caperucita Roja y que iba por medio del bosque a visitar a su abuelita. Iba con una canasta llena de riquísimas empanadas que le había dado su mamá…

—¿Y su mamá la había mandado por el medio del bosque? —preguntó preocupada la paloma.

—Sí, y como Caperucita era muy obediente…

—Más que obediente, me parece otra cosa —dijo el quirquincho.

—Bueno, la cuestión es que iba con la canasta llena de riquísimas empanadas…

—Uy, se me hace agua la boca —dijo el yaguareté.

—¿Usted también piensa en esas empanadas? —preguntó el monito.

—No, no —se relamió el yaguareté—, pienso en esa niñita, tan tiernita…

—No interrumpan que sigue el cuento —dijo el sapo; y poniendo voz de asustar continuó la historia—: cuando Caperucita estaba en medio del bosque, se le apareció un lobo enorme, hambriento…

—¡Es un cuento de miedo! ¡Qué lindo! —dijo el piojo saltando en la cabeza del ñandú—. A los que tenemos patas largas nos gustan los cuentos de miedo.

—Bueno, decía que entonces se le apareció a Caperucita un lobo enorme, hambriento…

—¡Pobre...! —dijo el zorro.

—Sí, pobre Caperucita —dijo la pulga.

—No, no —aclaró el zorro—, yo digo pobre el lobo, con tanta hambre. Siga contando, don sapo.

—Y entonces el lobo le dijo: "Querida Caperucita, ¿te gustaría jugar una carrera?".

"¡Cómo no!", dijo Caperucita. "Me encantan las carreras".

"Entonces yo me voy por este camino y tú te vas por ese otro".

—¿*Tú te vas*? ¿Qué es *tú te vas*? —preguntó intrigado el piojo.

—No sé muy bien —dijo el sapo—, pero la gente dice así. Cuando se ponen a contar un cuento a cada rato dicen *tú y vosotros*. Se ve que eso les gusta.

—¿Y por qué no hablan más claro y se dejan de macanas?

—Mire m'hijo, parece que así está escrito en esos libros de donde sacan los cuentos.

—Y cuando hablan, ¿también dicen esas cosas?

—No, ahí no. Se ve que les da por ese lado cuando escriben.

—Ah, bueno, no es tan grave entonces —dijo el monito—. ¿Y qué pasó después?

—Y entonces cada uno se fue por su camino hacia la casa de la abuela. El lobo salió corriendo a todo lo que daba y Caperucita, lo más tranquila, se puso a juntar flores.

—¡Pero don sapo —dijo el coatí—, esa Caperucita era medio pavota!

—A mí me hubiera gustado correr esa carrera con el lobo —dijo el piojo—. Seguro que le gano.

—Bueno, el asunto es que el lobo llegó primero, entró a la casa, y sin decir *tú* ni *vosotros* se comió a la vieja.

—¡Pobre! —dijo la corzuela.

—Sí, pobre —dijo el zorro—, qué hambre tendría para comerse una vieja.

—Y ahí se quedó el lobo, haciendo la digestión —siguió el sapo—, esperando a Caperucita.

—¡Y la pavota meta juntar flores! —dijo el tapir.

—Mejor —dijo el yaguareté—, déjela que se demore, así el lobo puede hacer la digestión tranquilo y después tiene hambre de nuevo y se la puede comer.

—Eh, don yaguareté, usted no le perdona a nadie. ¿No ve que es muy pichoncita todavía? —dijo la iguana.

—¿Pichoncita? No crea, si anda corriendo carreras con el lobo no debe ser muy pichoncita. ¿Cómo sigue la historia, don sapo? ¿Le va bien al lobo?

—Caperucita juntó un ramo grande de flores del campo, de todos colores, y siguió hacia la casa de su abuela.

—No, don sapo —aclaró el zorro—, a la casa de la abuela no. Ahora es la casa del lobo, que se la ganó bien ganada. Mire que tener que comerse a la vieja para conseguir una pobre casita... Ni siquiera sé si hizo buen negocio.

—Bueno, la cuestión es que cuando Caperucita llegó, el lobo la estaba esperando en la cama, disfrazado de abuelita.

—¿Y qué pasó?

—Y bueno, cuando entró, el lobo ya estaba con hambre otra vez, y se la tragó de un solo bocado.

—¿De un solo bocado? ¡Pobre! —dijo el zorro.

—Sí, pobre Caperucita —dijo la paloma.

—No, no, pobre lobo. El hambre que tendría para comer tan apurado.

—¿Y después, don sapo?

—Nada. Ahí terminó la historia.

—¿Y esos cuentos les cuentan a los pichones de la gente? ¿No son un poco crueles?

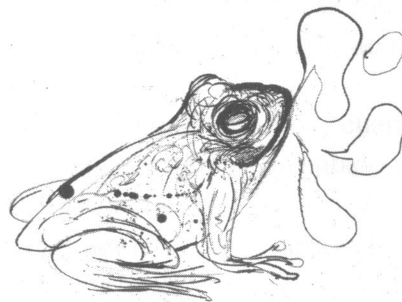
—Sí, don sapo —dijo el piojo—, yo creo que son un poco crueles. No se puede andar jugando con el hambre de un pobre animal.

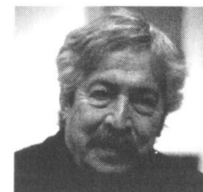
—Bueno, ustedes me pidieron que les cuente… No me culpen si les parece cruel.

—No lo culpamos, don sapo, a nosotros nos interesa conocer esas cosas.

—Y otro día le vamos a pedir otro cuento de esos con *tú*.

—Cuando quieran, cuando quieran —dijo, y se fue a los saltos murmurando—: ¡Si sabrá de *tú* y de *vosotros* este sapo!





GUSTAVO ROLDÁN

Lo más difícil fue aprender a hablar con los monos, con los piojos y con los pájaros. Bichos inquietos, movedizos, saltarines. Y además les interesa muy poco hablar con la gente. En realidad, desconfían de la gente. Creo que tienen razón.

Todo comenzó hace mucho tiempo, cuando se enteraron de que los hombres habían inventado una jaula para tener pájaros prisioneros.

Me llevó mucho tiempo convencerlos de que yo no tenía una jaula, y de que lo único que quería era conversar, ahí, en el monte, al lado del río Bermejo, justo donde comienza el Impenetrable chaqueño.

Después me fui. Tenía que aprender a leer y a escribir para contar todas las historias que me contaron el sapo, el piojo, la pulga, el picaflor, el yacaré, el halcón, y mil animales más.

Y fui a la escuela y fui a la universidad, para leer muchos libros, tratando de aprender a contar historias. Y escribí cuentos y poemas, para grandes y para chicos.

Algunos de los libros que escribí son: *Historias del piojo, Dragón*, *El camino de la hormiga*, *Los sueños del yacaré* y *El vuelo del sapo*.

Índice